

fa me recuerda que para mí han pasado los días de amor, y que me llega el tiempo de cultivar los vicios distinguidos. La vida sería realmente demasiado triste si el sonrosado enjambre de pensamientos licenciosos no se ofreciera para consolar á veces la vejez de las personas comedidas. Puedo comunicar esta esperanza á un espíritu selecto como el de usted, y capaz de comprenderla.

»Si viene usted á Florencia, le enseñaré una musa que guarda la casa de Dante, y que vale tanto como su ninfa. Admirará usted sus cabellos rojos, sus ojazos negros, su busto bien formado, y juzgará usted su nariz como una maravilla. Es fina y con alas estremecidas. Hago mención especial de ella, porque ya sabe usted que la Naturaleza poquísimas veces forma una nariz perfecta, y por su torpeza en semejante labor estropea muchas caras bonitas.

»La carta de Mabillon, que le ruego me copie, empieza por estas palabras: *Ni los cansancios de la edad, caballero...* Dispense mis impertinencias, y reciba, mi estimado amigo, los sentimientos de sincera estimación y simpatía, de su devoto

CARLOS ASPERTINI.

»P. S.—¿Por qué se obstinan los franceses en no reconocer un error judicial, del que no hay duda posible, y que tan fácil es de reparar sin perjuicio de nadie? Busco las razones de su conducta sin poderlas descubrir. Todos mis compatriotas, toda

Europa, todo el mundo, comparten mi sorpresa. Tengo gran curiosidad por conocer la opinión de usted acerca de tan complicado asunto.

»C. A.»

XI

A la luz matinal animaban el cuartel los hombres de servicio, barriendo el suelo y limpiando los caballos.

En el fondo del patio, vestido con su puerca blusa y sus pantalones de lienzo, el soldado Bonmont, en compañía de los soldados Cocot y Briqueballe, de pie ante un perol lleno de agua, mondaba patatas. De vez en cuando, un pelotón mandado por un sargento bajaba tumultuoso por una escalera, esparciendo en torno la invencible alegría de la juventud. Pero lo más expresivo de la instrucción militar de aquellos hombres era el paso, un paso abrumador y trabajoso, una marcha pesada y sonora. A cada instante los furrieles vanidosos cruzaban llevando debajo del brazo carpetas y cuadernos pequeños y grandes, variados y múltiples.

Los soldados Bonmont, Cocot y Briqueballe pelaban patatas y las echaban en el perol. Mientras, cruzábanse pocas palabras, expresando en términos muy groseros pensamientos muy inocentes. Y el soldado Bonmont meditaba.

Ante él, al otro lado de la verja que cerraba el

patio del monumental cuartel, se extendía un círculo de colinas, donde las blancas casas resplandecían con el sol de la mañana entre las ramas violáceas de los árboles.

Actrices y mozas, atraídas por el soldado Bonmont, vivían allí. Una nube de mujeres galantes, de librerías, de periodistas, de *bookmakers*, de militares, de chalanés, mediadores, alcahuetas y sablistas, se había posado en torno del cuartel, donde el adinerado pistolo estaba de servicio. Al mondar las patatas hubiera podido enorgullecerse de haber reunido tan lejos de París una sociedad tan parisién. Pero teniendo experiencia de los hombres y de la vida, semejante gloria no le halagaba. Sentíase taciturno y pensativo. Acosábale sólo un deseo: conseguir el botón de los Brecé. Lo deseaba con la violencia hereditaria, con aquella fuerza que el barón había demostrado en la conquista de todas las cosas, de los cuerpos y de las almas, pero no con la inteligencia clara y profunda, el genio de su enorme padre. El mismo se sentía inferior á sus riquezas; sufría por ello volviéndose malo.

Pensaba:

—¡Su botón sólo se lo conceden á los duques y pares; eso es seguro! Los Brecé están rodeados de americanos y judíos. Los quiero bien.»

Arrojó violentamente en el perol una patata mondada. Y el soldado Cocot, lanzando un juramento, y una risotada, exclamó:

—¡Ahora me salpica de caldo; maldita suerte!

A Brinqueballe le divirtió mucho aquello porque su alma era sencilla y humilde su condición. Se regocijaba pensando en volver á ver pronto la casa de su padre, guarnicionero en Cayaux.

«Aquel viejo hipócrita de Guitrel no hará nada por mí—pensaba el soldado Bonmont—. Es muy inteligente Guitrel, más inteligente de lo que yo hubiera creído. Me ha puesto sus condiciones. Mientras no sea obispo no hablará á sus amigos de Brecé. ¡Ya se las busca el muy pillol!

—Bonmont—dijo Briqueballe—, no echés las mondaduras en el perol.

—No deben echarse—dijo Cocot.

—No estoy de semana—respondió Bonmont.

De este modo hablaban aquellos tres hombres, porque allí eran iguales.

Y Bonmont, pensaba:

«Me pasaré muy bien sin Guitrel. Hay muchos otros que pueden hacerme conseguir el botón. Primero, Terremondre. Va mucho á casa de Brecé. Es de buena familia, discurre bien... pero no es serio. Terremondre: bambolla, todo bambolla; no tiene influencia. Prometerá mucho y nó hará nada. No puedo dirigirme al cura Travies, que ojea con el cazador furtivo Rivoire. También el general Cartier de Chalmot... No tendría más que abrir la boca... Pero ese viejo no me puede resistir.»

El soldado Bonmont tenía motivos para discutir de tal modo. El general Cartier de Chalmot no le tragaba, y solía decir: «Si Bonmont estu-

viere á mis órdenes, ya le haría yo andar derecho.» En cuanto á la generala Cartier de Chalmot, sentíase indignada con él desde que le oyó decir en un baile: «Aparte de las cuestiones de sentimentalismo, mamá es de una frivolidad lamentable.» De modo que el joven Bonmont no se engañaba. No debía esperar ningún favor del general ni de la generala.

Buscó en su memoria quién pudiera hacerle el servicio que Guitrel le regateaba. ¿El señor Lerond? Era demasiado prudente. ¿Santiago de Courtrai? Estaba en Madagascar.

El joven Bonmont lanzó un profundo suspiro. Pero, mientras pelaba su última patata, tuvo una idea.

—¿Si hiciera á Guitrel obispo? ¡Eso estaría muy bien!...

En el momento en que esta idea cuajaba en su imaginación, varias imprecaciones resonaron en sus oídos.

—¡Rediós... rediós!... ¡Miseria de miserias!—exclamaban juntos los soldados Briqueballe y Cocot, bajo una lluvia repentina de hollín, que cayendo sobre ellos, en torno de ellos y en el perol, embadurnaba sus dedos y obscurecía las patatas, blancas hacía un instante, como bolas de marfil.

Levantaron la cabeza para descubrir la causa del mal y vieron, á través de la negra lluvia, que unos compañeros desmontaban sobre el tejado un grueso tubo de chimenea y sacudían con violencia el hollín de que estaba lleno. Al ver esto,

Cocot y Briqueballe exclamaron á un tiempo.

—¡Eh! los de arriba, ¡á ver si acabáis prontol

Y lanzaron á los camaradas del tejado todas las imprecaciones que pueden brotar de un alma inocente y sincera. Sencillas injurias, que demostraban un descontento profundo y llenaban el patio del cuartel con sonos prolongados de acento picardo y borgoñés. El minúsculo bigote del sargento Lafille apareció sobre el alero del tejado, y con voz agria pronunció estas palabras, en medio de un profundo silencio:

—¡Eh! vosotros, los de abajo ¡tres días!... ¿Comprendisteis?

Briqueballe y Cocot permanecieron anonadados bajo los golpes de la fatalidad y de la ley. El soldado Bonmot, su semejante, pensaba:

«Puedo muy bien recomendar una mitra. No tendría más que decírselo á Huguet.»

Huguet era entonces presidente del Consejo. Dirigía un gabinete moderado que la derecha apoyaba. Huguet, al formarlo, había tranquilizado á los capitalistas, y su acierto le daba serenidad, confianza en sí mismo y algo de orgullo. Habíase reservado la cartera de Hacienda, y le felicitaban por haber fortalecido el crédito público, quebrantado por su predecesor radical.

Huguet no fué siempre un hombre de Estado, como lo era entonces. Radical y hasta revolucionario, en su juventud laboriosa sirvió de secretario al difunto barón de Bonmont, gracias al cual podía escribir libros y dirigir periódicos. Era

entonces demócrata y místico en cuestiones de Hacienda. El barón así lo quería. Aquel gran barón se preocupaba en conciliar las fracciones avanzadas del Parlamento, y no le disgustaba parecer generoso y hasta un poco soñador. Hizo nombrar á su secretario diputado por Montil. Huguet se lo debía todo.

Y el joven Boumont, que lo sabía, pensaba:

«Me bastará con hablar á Huguet.»

Lo pensaba. Pero en su interior no estaba seguro de que fuese así, pues sabía también que el señor Huguet, presidente del Consejo, evitaba cuidadosamente todo encuentro con el soldado Bonmont, y que no le gustaba que le recordasen los antiguos lazos que le unían con el barón que murió muy impopular, y muy oportunamente, cuando se alzaba un sordo rumor de escándalo.

El soldado Bonmont pensaba prudentemente:

«Hay que valerse de otro recurso.»

Para reflexionar más cómodamente, se sentó en el suelo, cerca de la bomba, ensimismándose en una profunda meditación. Todas las personas que juzgó capaces de disponer del báculo y la mitra desfilaron procesionalmente por su evocadora imaginación. Monseñor Charlot, el señor Goulet, el prefecto Worms-Clavelin, la señora Worms-Clavelin, el señor Lacarelle; todos ellos pasaron, y muchos otros además. Le sacó de su contemplación el soldado Jouvencie, licenciado en Derecho, que, haciendo fnnciodar la bomba, le soltó un chorro de agua en el pescuezo.

—Jouvencie— le preguntó gravemente Bonmont, secándose—, ¿de qué es ministro Loyer?

—¿Loyer? De Instrucción pública y de Cultos— respondió Jouvencie.

—¿Es el que nombra los obispos?

—Sí.

—¿De seguro?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada—dijo Bonmont.

Y en su interior exclamó:

«¡Ya tengo lo que necesito!... La señora de Gromance.»

XII

Aquella noche el señor Leterrier fué á visitar al señor Bergeret.

Al oír el campanillazo del rector, *Riquet* saltó de la butaca que compartía con su amo, y ladró terriblemente mirando á la puerta. Y cuando el señor Leterrier entró en el despacho, el perro le acogió con gruñidos hostiles... Aquella figura vulgar, aquel rostro grave y macizo con un collar de barba gris, no le inspiraron confianza.

—¡Tú también!— exclamó con suavidad el rector.

—Dispénsele usted—dijo el señor Bergeret—. Es manso. Cuando los hombres, al instruir su raza formaron el carácter que ha heredado, creían también que el forastero era un enemigo. No